

**Kant: la estética como última palabra de una filosofía**

En *Breve historia y antología de la estética*. José María Valverde. Barcelona: Editorial Ariel, 1987

Pero dejemos la atmósfera artística y literaria para atender a la elevación de la estética al máximo nivel filosófico en la obra de Immanuel Kant (1724-1804), y precisamente en la tercera y última de sus “Críticas”, cuyo título –*Kritic der Urteilkraft*, 1790- solo por aproximación cabe traducir por “Crítica de la facultad de juzgar” (o “estimar”). Cierto que esta “crítica” ha solido ser la menos leída, pero sin ella, al pensamiento de Kant le falta lo que él mismo creyó más importante: la solución, quizá, a su larga y penosa búsqueda. Recordemos muy brevemente la peculiar conexión entre las tres “críticas”. En la primera, Kant establece el alcance de la validez universal que pueda haber en nuestro conocimiento. Esa validez se basa en que las formas de nuestra sensibilidad y nuestro entendimiento son iguales en toda mente, y por tanto hacen posible que, aún antes y aparte de la experiencia, se pueda organizar, con “segura marcha”, el mundo de la ciencia (Kant habla de la matemática y la física; en realidad, no pasa de la matemática, y, por otra parte, se hace demasiadas ilusiones sobre la posibilidad de que la ciencia pueda encontrar verdades nuevas sin utilizar la experiencia concreta). Ahora bien, nuestra mente, aparte de encontrar y poseer con seguridad las verdades de la ciencia, no puede menos también de pensar en unas peculiares entidades que serían más interesantes que la ciencia para dar sentido a nuestra vida –Dios, el universo como totalidad, el yo...-, pero cuya realidad resulta tan indemostrable como irrefutable. En el orden del conocimiento intelectual, pues, nos quedamos con un pie en el aire, poseedores de la ciencia, pero incapaces de aclarar qué ocurre en cuanto a esas cuestiones últimas sobre la realidad. ¿Qué hacer entonces, cómo vivir?

La segunda crítica –la de la “razón práctica”- apela al sentido moral, al imperativo que, en el fondo del corazón, infunde tanto respeto como “el cielo estrellado sobre la cabeza”. Esa íntima voz moral, en lo oscuro de la intimidad, se parece, en efecto, al cielo nocturno porque sobre su negrura sólo emerge, como las constelaciones, una forma pura y vacía: no “qué hacer”, sino “cómo hacer” –de un modo que pudiera ser modélico, en cada decisión, adoptada como responsabilidad absoluta sobre un vacío absoluto, con libertad absoluta-. Esa conciencia moral postula incluso la inmortalidad nuestra y la existencia de Dios, porque, sin eso, no podría realizar su exigencia de “santidad”, imposible en este enredado planeta. Quedamos, así, como desgarrados en dos ámbitos: por un lado, la claridad inútil de la ciencia; por otro lado, la oscuridad de la buena voluntad, incapaz de prever en cada decisión instantánea, el efecto sobre un mundo cuyas “cosas” sólo se nos hacen presentes como “fenómenos”.

La tercera crítica, la de la “facultad de juzgar”, viene por fin a dar la solución y a salvar la unidad del hombre, en sí mismo y en su relación con el mundo y con Dios –no tanto como “síntesis”, cuanto como intuición de la base prístina de todo-. Ahora, lo *a priori*, lo básico, es, para decirlo en palabras muy vulgares, el hecho de que a todos nos agrada percibir objetos, aún antes, o aparte, de saber qué son (es decir, prescindiendo del “concepto” a que

correspondan). El gusto producido por el “libre juego de nuestras facultades” al captar algo, evidencia inmediatamente una suerte de armonía o predestinación entre lo que está ahí y lo que somos nosotros –por otra parte, nuestro “juicio de gusto” es desinteresado, es decir, no está afectado por el deseo de poseer o usar lo percibido, además de no necesitar definirlo ni aún nombrarlo. Kant, de ese modo, es capaz de adelantarse al sentido de la pintura no-figurativa en nuestra propia época, distinguiendo un “belleza libre” –un arabesco o un acorde musical, dice, a falta de esa pintura-, que no contiene ni significa nada, en contraste con la belleza de algo que se sabe qué es o qué representa –en la cual resulta más difícil distinguir ese magno y salvador *a priori* del gusto-. Por tanto, lejos de quedarnos partidos en dos, con las dos primeras “críticas”, ahora encontramos la unidad total en que estábamos desde el principio: el placer de percibir testimonia que, como decía Pope, “todo lo que es, está bien”; que Dios nos ha hecho para el mundo, y ha hecho el mundo para nosotros. Por eso puede decir Kant, en expresión un poco enigmática, que la belleza es “símbolo de la moralidad”: en ella se hace visible y manifiesto lo que en el orden moral era una voz oscura. Pero Kant no limita el juicio de gusto, lo estético, a un mero encaje de adecuación mutua entre lo que tenemos delante y nuestras facultades para captarlo: también hay otro nivel de experiencia estética, a la vez placentero y abrumador, en el rebose de lo percibido sobre los bordes de nuestra capacidad para captarlo. Aquí Kant vuelve a usar una pareja de términos a la que ya habíamos aludido en algún autor inglés, y a la que él mismo había dedicado atención en una breve obra de su época pre-crítica: *Lo bello y lo sublime*. Lo sublime es la designación de esa experiencia de desbordamiento, que Kant divide en dos posibilidades: cuando se trata de una desmesura cuantitativa (y pone ejemplos que él no había visto, como las pirámides de Egipto, o la cúpula del Vaticano, con la poco agraciada etiqueta de “sublime matemático”), o cuando se trata de una desmesura en un proceso, sobre todo, de la “áspera Naturaleza”, como una tempestad en el mar (y lo llama “sublime dinámico”). Como se ve, Kant ya ha abierto sus puertas a la sensibilidad romántica, al escalofrío y al hermoso horror de lo ilimitado, como forma superior de lo que empieza por entenderse más fácilmente en cuanto buen ajuste entre lo dado y nosotros.

La tercera crítica, además de ocuparse del juicio de gusto, estudia también otro *a priori* más difícil de delimitar y más paradójico, también por la acostumbrada torpeza kantiana en la terminología: lo llama “juicio teleológico”, o sea, de finalidad, cuando de hecho es lo contrario, de “finalidad sin fin”. En palabras elementales, cabe decir que es nuestro agrado inmediato ante todo lo que percibimos, no sólo –juicio de gusto- porque encaje bien con nuestra capacidad de percibir, sino también porque todo lo vemos *como si* estuviera organizado *para* algo, antes o al margen de que sepamos para qué. Este segundo plano de enjuiciamiento también puede valer a efectos estéticos, pero no de modo tan evidente como el primero. Nuestra mirada, diríamos en términos actuales, es estructuradora y organizativa –E. H. Gombrich, por ejemplo, lo ha estudiado agudamente-, antes o al margen de saber si realmente lo que vemos sirve para algo. Pero ese *como si* resulta más problemático y complejo que la simple sensación bienaventurada de que el mundo y nuestra mente –por decirlo así- han nacido “el uno para el otro”. Que tal es la expresión que nos da Kant de la creencia radical que desde el principio le había sustentado.